

Dionisia Pop!  
(un relato de terror en 11 partes)

Fco. Javier Pérez

**1: LA MÁQUINA PUTA.**

El hombre es tan feo como puede llegar a ser un hombre y, aún así, sabe que lo que sea que le está dictando las siguientes palabras que salen de su boca pertenecen a una superinteligencia que le trasciende. Cuando uno de nosotros muere, una parte del Dios de todas las cosas desaparece con él.

—Cuando uno de nosotros muere... —empieza a decir.

La mujer, por su parte, no quiere saber nada de trascendencias y pérdidas de tiempo varias. Es pragmática y, visto desde el punto de vista que se quiera, está tan buena que casi hace daño a la vista.

Cobra un buen dinero por estarlo.

La historia se monta sola conforme los segundos van pasando.

El hombre no ha ido nunca de putas y, técnicamente, tampoco ahora lo está haciendo. No hay tiempo para subjetividades éticas, sólo para un par de padrenuestros paganos.

*Le petite mort*, el orgasmo, aún queda lejos.

Antes de que el cerebro del hombre pase a modo automático, a ser pilotado por el hombrecillo sin cabeza que habita en su pene, se permite reflexionar acerca de la conveniencia de que la tesis general (que con cada muerte desaparece una parte del todo) se pueda aplicar a las “pequeñas muertes”.

—¿Qué quieres que te haga? —pregunta la mujer, sin permitir que el sexo aflore aún en su vocabulario.

—No sé... ¿Tú qué prefieres?

—La que cobra por esto soy yo. Tú eres el que decide lo que quiere... ¿Es tu primera vez, verdad?

El hombre preferiría etiquetar la experiencia como  $t = 0$  en el diagrama vectorial de su vida, porque técnicamente esto no es su “primera vez”, pero no discutirá con la mujer. No ahora que está empezando a perder el control.

—Algo así —contesta, no demasiado decidido.

## **2: POP KOAN.**

El discípulo Doko se personó a su maestro zen, y le dijo:

—Estoy buscando la verdad. ¿Cuál es el estado mental en el que debo perfeccionarme para encontrarla?

—No hay mente, de modo que no puedes ubicarte en estado alguno. No hay verdad, de modo que no puedes perfeccionarte para alcanzarla —fue la respuesta del maestro.

—Si no hay mente que perfeccionar, ni verdad por encontrar, ¿por qué tienes aquí esos monjes que se reúnen todos los días ante ti para estudiar el zen y perfeccionarse mediante ello?

—Pero si aquí no hay siquiera un palmo de sitio... —dijo el maestro—. ¿Cómo podría haber una reunión de monjes?..Y yo no tengo lengua, ¿cómo podría entonces llamarlos o impartirles enseñanzas?

—Oh, ¿cómo puedes mentir así? —espetó Doko.

—Pero si no tengo lengua que me permita hablar, ¿cómo podría mentirte?

Entonces, Doko añadió con tristeza:

—No puedo seguirte. No puedo comprenderte.

—Ni yo no puedo comprenderme a mí mismo.

## **3: CUANDO DE VERDAD ESTÁS ASUSTADO.**

Analicemos la situación desde otra perspectiva:

Digamos que A es lo más curioso que has visto en tu vida. Según la percepción objetiva, mensurable, que tienes de A, ésta es una mujer de unos cincuenta y tantos años (aunque la vida en la calle debe haberla estropeado bastante, por lo que quizá sólo tenga unos cuarenta y tantos) que dedica todos y cada uno de sus días a pasear de aquí para allá por el centro de la ciudad. Lleva siempre consigo cinco carritos en los que carga sus pertenencias, a los cuales aplica la misma dinámica una y otra vez: arrastra el primero un par de metros, vuelve atrás,

arrastra el segundo hasta la altura del primero, vuelve atrás y repite el proceso con cada uno de ellos. No hay pista alguna que indique que esto obedece a un plan explícito, que el proceso sigue un recorrido marcado de antemano... Y lo que no conoces te intriga y asusta a partes iguales.

Una fría noche cualquiera, A comparte los cartones con los que ha improvisado un campamento en el interior de un cajero automático con B.

B es un caso típico: poli-toxicómano hasta hace un par de años (cuando ya no se pudo permitir sufragar el gasto de una dosis y empezó a limitarse a una sola cosa; esto es, eventuales cartones de vino barato). Ha salido bastante bien parado de tres rehabilitaciones forzosas, en las que se ha curado el mono a base de helarse el culo en diferentes localizaciones de la ciudad, comer lo que encuentra por los contenedores, mendigar de vez en cuando, y pelear a mano sucia con otros desarrapados como él. Sus apenas treinta años hacen que, a pesar de casi no tener dientes y no haber visto una ducha en meses que perfectamente podrían intercambiarse por vidas, aún conserve algo del decadente atractivo que gusta a los observadores imparciales como tú.

Pues bien, la noche en que A y B comparten lecho de cartón, A representa una fábula con la que, en teoría, B debe entender el por qué de todo el asunto de los carritos.

A promete, asimismo, que si B escucha con atención, al acabar su relato le hará una mamada.

La fábula consta de varias partes bien definidas que conforman un relato de logro truncado que indefectiblemente conduce al desastre, la ruina y la constricción: A se presenta a sí misma como la empleada más joven de una de esas pequeñas consultorías técnicas que abundan en la ciudad, una chica que aprende rápido y aplica esos conocimientos en busca de un reconocimiento al que venga unida una dosis de descanso de sí misma al final del camino de incomodidades, insatisfacciones y noches perdidas tricotando planes que viene durando desde sus años de estudiantes. El reconocimiento tarda en llegar, y le consume relaciones, amistades e incluso fragmentos de amor propio que gustosamente regala a sus superiores esperando algo a cambio.

Llegados a este punto de la historia, B pregunta por qué A no se acostó con su jefe, como hacen todas, y acababa así de una vez con tanta angustia.

A monta en cólera, pero sólo un poco. Sabe que no todas, pero sí algunas,

funcionan de ese modo. También sabe que B tiene medio cerebro frito por las drogas y que no se le puede acusar de uno de eso “-ismos” con los que tanto se nos llena la boca a veces.

B pide que prosiga con el relato y deje de atosigarle. A consiente: las noches vacías y la falta de perspectiva trajeron consigo un miedo atávico a quedarse sola de por vida. A dejó de pensar única y exclusivamente en su trabajo y decidió buscar otra meta más asequible. Eligió formar una familia, porque es lo que se elige en estos casos.

Lo siguiente es previsible: A se casó con el hombre que no debía, ambos tuvieron un hijo que nunca debió haber venido a este mundo, el marido de A quiso que ella pasase más tiempo en casa, el precio de la vivienda subió hasta desestabilizarlo todo, el niño cada vez demandaba más, nadie quería una asesora que había abandonado su carrera a los treinta y cuatro años, su marido decidió que no valía la pena trabajar tanto para volver a un hogar en el que sólo le esperaban llantos infantiles y reproches demasiado maduros, la vida no se parecía en nada a lo que salía por la televisión... Y A acabó volviendo a la consultoría de la que nunca debió haber salido. Esta vez sí, se acostó con uno de los socios.

B bufa un “lo sabía” que A ignora. Está a punto de finalizar su relato.

La relación de A con su jefe la devolvió a un lugar en el que ni siquiera recordaba haber estado. Duró años, hasta que el jefe de A dejó de ver el morbo en acostarse con una mujer casada a espaldas de los cónyuges de ambos; era mucho más excitante hacerlo con la nueva recepcionista.

En un alarde de visión periférica de la situación, A decidió olvidar a su jefe, divorciarse de su marido, permitir que éste último se quedase con la custodia de un niño al que, por mucho que se empeñen las estadísticas y la biología, no quería, y hundirse lo más hondo que pudiese.

—Cuando de verdad estás asustado —confiesa A—, todo te importa una mierda.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo de arrastrar los carritos arriba y abajo? —pregunta, lógicamente, B.

—Nada en absoluto.

Y A desabrocha los pantalones de un aún confundido B y hunde la cara en su entrepierna.

De lo cual podríamos deducir con facilidad la siguiente fórmula:

$$B + (A \cdot X) = CES$$

En la que X sería el miedo, cualquier clase de miedo, y CES representaría Cierta Estrato de esta Sociedad en la que estamos condenados a vivir.

Lo cual nos deja con una incógnita: ¿Dónde está realmente la cara oscura de la Luna?

#### **4: POP KOAN (II).**

El maestro zen se acercó a Doko, su discípulo y le confesó:

—Ni yo puedo comprenderme a mí mismo.

—Si no tienes lengua con la que hablar, ¿cómo puedes decir algo así? —fue la respuesta del discípulo.

—Pero... Sí que tengo lengua... Sino ¿por qué se reúnen aquí cada día todos esos monjes para aprender el zen y perfeccionarse mediante ello?

—¿Dónde? Aquí no hay siquiera un palmo de sitio...

—Oh, ¿cómo puedes mentir así? —espetó el maestro.

—No hay mente, de modo que no puedes ubicarte en estado alguno. No hay verdad, de modo que todo es mentira —dijo Doko.

El maestro, destrozado por dentro, añadió:

—Así pues, ¿no hay estado mental que perfeccionar, ni verdad a la que aspirar?

—Lo siento, no puedo comprenderte. No puedo seguirte. No puedo oírte. No tienes mente, ni verdad, ni lengua ¿recuerdas?

#### **5: COTILLO, CULPA, ETC.**

El hombre sigue siendo tan feo como siempre, pero el acercamiento sexual con la prostituta preprogramada le ha dejado henchido de una cualidad que, sabe, ya jamás podrá ser eliminada del código propio según el cual se rige.

Se parece un poco a la eterna pregunta (¿cómo hablar con chicas cuando se tienen doce años?) transubstanciada a su realidad-túnel inmediata (¿cómo hacer

que todo el mundo sepa que te has acostado con el máximo exponente de la feminidad de tu especie?)

Por eso, tal como llega a casa pulsa el botón del mando a distancia de la televisión, accede al menú general de configuración y trastoca la sintonía de todos los canales hasta dar con una estática perfecta de ruido blanco. Algunos dicen que a través de esa estática se pueden recibir mensajes del más allá, fantasmas hablando a través de la pantalla. Pero el hombre sabe que eso es mentira. Los fantasmas no existen.

Y aún así, todo el mundo está conectado, y el canal de conexión debe estar en alguna parte.

No se equivoca. Nunca se equivoca. Y el escarceo sexual de hace un rato le ha iluminado aún más si cabe.

Los altavoces del televisor sin imagen definida escupen conversaciones al azar: la vecina del tercero habla con su madre por teléfono y la manda a la mierda, achacando todos y cada uno de los fallos que ha cometido como adulta a la educación represiva de la mujer (mierda freudiana para todos los públicos); solapándose a la conversación surgen los pensamientos del hombre que vive solo en el segundo piso, planteándose ver determinada película a determinada hora o dejarlo estar y limitarse a la teleserie que, sin duda, todos los compañeros de su oficina comentarán mañana; un poco por debajo, el hijo del matrimonio del ático deja que en su cerebro reverberen mensajes del “maestro de la luz” que le conminan a salvar a la “princesa maldita” con ayuda del caballo turbo-propulsado que se esconde en su armario...

Tantas vidas y tan poco tiempo para escucharlas todas.

El hombre pasea el dedo por los distintos botones del mando a distancia que le llevan a otros tantos canales de comunicación humana distintos, y se siente afortunado.

Aquí, un maestro zen contesta a su discípulo con un acertijo imposible; un poco más allá, la historia se da la vuelta, y es el discípulo el que confunde al maestro; más allá aún...

## **6: POP KOAN (III).**

Joshu preguntó al maestro Nansen: “¿Cuál es el verdadero Camino?”

Nansen respondió: “El camino de cada día es el verdadero Camino”.

Joshu preguntó: “¿Puedo estudiarlo?”.

Nansen respondió: “Cuanto más lo estudies, más te alejarás del Camino”.

Joshu preguntó: “Si no lo estudio, ¿cómo puedo conocerlo?”.

Nansen respondió: “El Camino no es de las cosas que se ven, ni de las cosas que no se ven. No es de las cosas conocidas, ni de las cosas desconocidas. No lo busques, ni lo estudies, ni lo nombres. Para alcanzarlo, ábrete con la amplitud del cielo”.

## **7: LA CARA OCULTA DE LA LUNA.**

Démosle otra vuelta a la tuerca:

Estamos en Dionisia, que viene a ser un planeta lejano que nos sirve como metáfora a éste, nuestro planeta Tierra. Dicho planeta imaginario se rige por la reglas del SMI<sup>2</sup>LE (Space + Migration + (Intelligence)<sup>2</sup> + Life Extension) por lo tanto:

a) Todo el mundo viaja allí donde le da la gana, cuando le da la gana, sin condicionamientos de ningún tipo (siquiera condiciones tan absurdas como el sistema métrico decimal).

b) La inteligencia es expandida, premiada, alabada y potenciada hasta tal punto que ya no es necesario expandirla, ni premiarla, ni alabarla, ni potenciarla.

c) Todo el mundo vive tanto como quiera. Algunos incluso son inmortales.

En Dionisia, todo el mundo es feliz.

En Dionisia la gente no vive en la calle, es la calle la que vive en la gente.

## **8: ESE PORTE IMPECABLE.**

El hombre viste un traje negro de fina línea diplomática, tan sutil que casi parece invisible. Se cubre con un largo abrigo de cuero con las solapas levantadas. Cuando pasa junto al escaparate de alguna tienda, su imagen se le antoja algo a medio camino entre un sabio y un demonio.

Reconozcámoslo, tiene algo de ambos.

Aún resuena en sus oídos el rumor de la televisión mal sintonizada, emitiendo partes desde la corteza cerebral de sus congéneres y vecinos: una chica, que por lo visto vive tres manzanas más allá, se mortifica a sí misma porque su novio no quiere que ella le ayude a encontrar a su madre. Dos canales más allá, un ángel (exento de sexo, como cualquier buen ángel) reza, encerrado en una jaula, una súplica a su creador para que éste le libere de su cautiverio; por lo visto la pobre criatura ha sido encarcelada en la jaula de oro de la mente de un escritor de relatos de ciencia-ficción, el cual juega con su imagen abstracta como le apetece, intentando dar con la alquimia que convierta el ángel en letras negras sobre papel blanco, una veces dotándole de una apariencia masculina infantil, transmutándolo en el heraldo encarcelado de todo lo bueno que hay en el hombre, otras vistiéndolo con pieles femeninas y obligándolo a los más abyectos actos de sumisión a través de los barrotes de la jaula.

Pero el hombre no se preocupa más de lo necesario: ese porte impecable que ve reflejado en los escaparates y los cristales tintados de los coches le transporta a través de una ciudad casi en ruinas que es la suya, la de todos, en dirección a la siguiente cabina telefónica abandonada, el enésimo portal ruinoso en el que retozan enamorados imposibles, descastados. Por que parte de la existencia del hombre se debe al trato rutinario con los que cruzaron el espejo en busca del país de las maravillas sin saber que, a causa de su falta de perspectiva, se habían transportado al infierno.

La noche se acerca.

Los extraterrestres existen, en cierto modo. Puedes verlos si miras con la suficiente atención, más allá del abrigo, el traje y los ojos del hombre.

Las putas lo ven, y los mendigos, y los olvidados maestros zen, y sus discípulos inútiles, y las utopías.

El hombre viste las ropas del ser que vendió el mundo al mejor postor.

## **9: POP KOAN (IV).**

El maestro Nansen preguntó a otro maestro zen: “¿Cuál es el verdadero camino?”.

A lo que el maestro zen respondió:

—¿Cómo voy a saberlo, si no tengo lengua con la que hablar, ni mente con la que ubicarme en estado alguno, ni verdad por encontrar?

Nansen, entonces, espetó: “Oh, ¿Cómo puedes mentir así? Si no hay mente que perfeccionar, ni verdad por encontrar, ¿por qué tienes aquí esos monjes que se reúnen todos los días ante ti para estudiar el zen y perfeccionarse mediante ello?”

El maestro respondió:

—El Camino no es de las cosas que se ven, ni de las cosas que no se ven. No es de las cosas conocidas, ni de las cosas desconocidas. No lo busques, ni lo estudies, ni lo nombres. Para alcanzarlo, ábrete con la amplitud del cielo.

A lo que Nansen, confundido y contrariado, exclamó: “¿Qué? Lo siento, no puedo comprenderte. No puedo seguirte.”

El maestro se lo pensó muy bien antes de replicar, pero al final dio con las palabras correctas:

—Me limito a repetir tus enseñanzas.

Entonces, como si esa frase hubiese servido de ritual para convocar a sus peores demonios, los discípulos de ambos hombres entraron en la estancia en la que los maestros meditaban en voz alta.

—¿Puedo estudiaros? —preguntó Joshu.

Doko añadió: “Ni yo mismo puedo comprenderlos”

Y los discípulos rompieron a reír, porque habían descubierto algo que los maestros, con sus cábalas y sus acertijos jamás adivinarían: que en el espacio que ocupaban apenas había un palmo de sitio; que de tanto buscarlo, estudiarlo y nombrarlo, el Camino había desaparecido; que sólo quedaba un hombre en la tierra con la capacidad suficiente como para abrirse con la amplitud del cielo.... Que nadie puede comprender a nadie.

## **10: PREPARADO PARA QUERER A ALGUIEN.**

Desde otro ángulo, una vez más:

Digamos que B sigue dándole vueltas a todo el asunto de los cinco carritos de A, pero que le cuesta concentrarse porque ella le está lamiendo la entrepierna y eso siempre ha provocado en él pensamientos raros, que le llevan a alguna parte más

allá del todo, a un planeta que inventó de pequeñito, llamado Dionisia, en el que nadie vivía en la calle, por que las calles vivían en todos.

Desde que tiene uso de razón, recuerda haber viajado a Dionisia cada vez que la realidad que se colaba por sus ojos, oídos y nariz le era del todo insoportable. Luego empezó a acudir al planeta cada vez que, simplemente, necesitaba un descanso.

Ahora A se introduce el pene de B en la boca (saliva y sudor y suciedad y algo salado que perfectamente podría ser amor) y B le acaricia el pelo.

—A veces, lo mejor es dejar que los misterios sigan siéndolo —acierta a decir él, entre dos jadeos.

Ella no dice nada. Tanto mejor.

Porque quizá B se viese obligado a contar cómo llegó hasta este mismo instante, en este mismo lugar, y su historia es tan poco original que el relato se alargaría de forma tediosa hacia ninguna parte. Así que B calla y disfruta, un oasis en la miseria de los días, mientras asocia el placer físico inmediato con la idea de un superespacio perfecto en el que nadie tiene porqué morir. En el que nadie se ve obligado a volver atrás en busca de los cuatro carritos restante después de haber arrastrado un primero. En el que una leyenda urbana vestida de negro riguroso no se dedica a recorrer las calles en busca de seres perdidos, olvidados, con los que preparar un segundo trato con el creador después de haber sido estafado la primera vez.

El hombre no puede tocar a B mientras éste posea algo, aunque ese algo sea Dionisia.

El hombre no puede tocar a A mientras ésta siga marginándose por propia voluntad, sin dar una explicación clara, que vaya más allá de la locura, a su condición.

El hombre tiene que quedarse mirando a través de las ventanas que rodean el cajero automático en el que el mundo, representado por el vino de la fornicación de dos seres que se niegan a reconocerse más perdidos de lo que están, se salva a sí mismo.

Mal material con el que negociar. Ninguno de los dos está preparado para querer a alguien, pero lo intentan un poco a cada segundo.

Así pues, deducimos una última fórmula (porque esto es el final, querido lector, por si no te habías dado cuenta):

$$B + (A \cdot X^\infty) = CES - (SMI^2LE) = 0$$

Y el cuero de las solapas del abrigo del hombre se humedece al contacto con las primeras lágrimas, pues es una lástima que la lógica no sirva para revalorizar conceptos tan sencillos como el efecto sumidero al que la humanidad se está sometiendo a sí misma. El hombre llora por A y por B, pero sobretodo lo hace por sí mismo, pues al final éste, que ha comenzado tan bien, ha resultado un día perdido como cualquier otro. Y no es una metáfora: con los días perdidos también se puede negociar, pero no con los de uno, por lo que la pena es la misma para los mortales con sueños de inmortalidad y los inmortales que no sueñan en nada.

### **EXTRAS: FINAL ALTERNATIVO Y COMENTARIOS DEL DIRECTOR.**

Esta historia no tiene moraleja.

El hombre es un ser inmortal, una leyenda urbana: el hombre que vendió al mundo, que nos condujo a donde estamos (al borde del abismo o a las puertas de una nueva era de prosperidad, eso está aún por decidir); y ese ser es egoísta, sí, pero también tiene un propósito, que no es otro que el de hacer acopio de la miseria que empapa nuestras calles, para renegociar cualquiera que sea el trato que ha hecho con quien sea que lo haya hecho.

Esta historia no es una metáfora.

Por todas partes puedes ver a A y B trasegándose a sí mismos en busca de un final que no acaba de llegar nunca. Muy pocos se preguntan el porqué de su condición. Millones ofrecen explicaciones más o menos fantasiosas al respecto.

La confusión es buena.

Los acertijos ya no existen. No pueden existir en un mundo en que el efecto sumidero es palpable y plausible. El tiempo se acelera, los avances se producen al doble de velocidad con respecto al periodo histórico anterior. Según algunos, el último día del mundo se producirá un nuevo descubrimiento, en todos los aspectos, cada 7,5 milésimas de segundo. Los *Koan* (acertijos de un Japón que ya ha desaparecido, destinados a la reflexión y el examen interior más allá de toda respuesta) han quedado esquilados y reducidos a uno solo: *¿Vives?*

El final alternativo.

Quizá el hombre de la historia sea, simplemente, la muerte. El último telón

que siempre llega antes de tiempo para los que se han salido de la rueda de ruedas que hemos creado un poco entre todos. Quizá el hombre decida esperar un poco antes de llevarse a A y B consigo; esperar a que ambos decidan no estar preparados para querer a nadie y dejar de luchar. Quizá los *koan* sean la verdadera historia, y lo demás no represente sino ejemplos sincrónicos sin sentido alguno. Quizá no hayas entendido nada. Quizá hayas entendido demasiado, y esta historia te haya puesto los pelos de punta.

Quizá...

Esta historia no tiene moraleja. No hay apoteosis.

Éste es un relato de terror, después de todo. Buenas noches.

Fin.